

LA PALABRA DE LOS AZTECAS

Patrick Johansson
Trillas México 1993.

La palabra náhuatl, en el exilio en los manuscritos alfabéticos, no da más que una pálida idea del esplendor de su enunciación original. El interpretante español "trituró" verdaderamente la voz viva de los aztecas en los engranajes de su aparato cultural en distintas etapas de la recopilación que culminaron con la última reescritura en los manuscritos.

Debemos sin embargo agradecer el magno esfuerzo de los religiosos españoles encargados de esta transcripción gráfica de la oralidad náhuatl entre los cuales figuran Fray Andrés de Olmos y Fray Bernardino de Sahagún, quienes trascendieron en muchas ocasiones los estrechos límites de su perspectiva evangélica para revelar múltiples aspectos de una gran civilización.

Si la expresión oral de los antiguos mexicanos sufrió una refracción indudable al pasar por el dédalo conceptual del saber español, sin la labor incansable de entusiastas religiosos, no tendríamos la voluminosa documentación que hoy nos permite vislumbrar lo que fue su cultura.

Ahora bien, la palabra que yace en los manuscritos no puede ser propiamente percibida si no se efectúa el trabajo de reubicación contextual de su elocución. Para esto, después de haber determinado, en la medida de lo posible, las alteraciones debidas a los avatares de la recopilación y que ya hemos señalado, conviene leer el texto desde una perspectiva amplia, teniendo siempre en mente los elementos cromáticos, musicales, y dancísticos que constituían, con el verbo, el acto expresivo de los aztecas.

La expresión oral náhuatl conserva, aun en el manuscrito alfabético, distintos matices expresivos que ninguna categorización genérica ha logrado circunscribir. La divergencia socio-ontológica entre las dos tendencias naturales del hombre, entre las tinieblas de la intimi-

dad esencial donde se borra la conciencia en aras del cuerpo, y la luz de la existencia mediante la cual el hombre construye su vida, determina de manera más pertinente los rasgos formales de las distintas modalidades de la oralidad. Esta divergencia difusa en el espacio social se percibe a su vez en términos de refuerzo e inversión de los valores establecidos.

Los religiosos se percataron de esta divergencia esencial de la cultura náhuatl, pero la interpretaron bajo una perspectiva cristiana, alabando la expresión oral apolínea, coherente y constructiva; calificando de "arcabucos breñosos donde se esconde el diablo" los cantares dionisiacos ajenos a los patrones expresivos españoles.

Tenemos por tanto un *corpus* de textos sumamente irregular donde predomina la expresión retórica o lírica en detrimento de los cantares funcionalmente arraigados en el espesor de la materia, ya sea el cuerpo del hombre o la intimidad de la madre tierra.

La oralidad de los aztecas se encuentra hoy día muy lejos no sólo por la preterición de 500 años que nos separan de ella, sino también y más específicamente por una visión del mundo radicalmente distinta de la nuestra. La parte verbal de su atuendo expresivo llegó hasta nosotros gracias al empeño de afanados religiosos españoles, y yace hoy inmóvil en los manuscritos. Nos toca ahora ir hacia ella subiendo pacientemente los escarpados riscos de un acercamiento erudito para presentir el esplendor de una voz que ha callado para siempre.